


GABRIEL OLIVERI

# UNAVIDA

*cinco estrellas*



AUTOBIOGRAFÍA DE AUTOAYUDA

 Planeta

Gabriel Oliveri

# Una vida cinco estrellas

*Autobiografía de autoayuda*

 Planeta

## PRÓLOGO

### PRIMERA IMAGEN

Madonna tomada de la mano de Antonio Banderas y el director Alan Parker bajan las imponentes escaleras del lugar donde trabajo. Un enjambre de fotógrafos y camarógrafos los iluminan, es la presentación mundial de la película *Evita* en Buenos Aires, Argentina. Dos íconos por distintas razones, Evita y Madonna, están unidas en la celebridad y en las pampas.

Yo miro maravillado a los pies de la escalera. Y sé que, aunque aún me queda mucho camino por recorrer, esa imagen va a quedar en mí como uno de los momentos más impactantes desde que dejé mi ciudad natal para «hacerme la Capital».

Miro hacia atrás el camino recorrido desde aquel pueblo del interior, tan lejos de las luces que hoy me iluminan, hasta esta vida cinco estrellas que vivo ahora, y no puedo evitar preguntarme... ¿cómo es que llegué hasta aquí?

## Por qué deberías leer este libro

Mi objetivo es que sea una inspiración para tu propia vida, para empujarte a concretar tus sueños, recordarte que sos mortal, que tenés un tiempo limitado y que tenés que aprovecharlo. También, que a la vida no te la podés tomar demasiado en serio.

Vas a conocer mi historia de vida, una vida común no tan común, que, como una receta de cocina, te va a ayudar con la tuya para que puedas disfrutarla más.

Empieza en Concordia, provincia de Entre Ríos, luego sigue en Buenos Aires y atraviesa la formación de la personalidad, las elecciones, la profesión, los viajes por el mundo entero, la vida en el lujo, los libros, y el encuentro con todas las personalidades y celebridades de mi época.

A través de mi propia vida y estas páginas, quiero transmitirte la fuerza para hacer de la tuya lo que soñaste.

La frase «Una vida cinco estrellas» no hace solo referencia a mi vida laboral, de lujo, sino —mucho más importante— a cómo armarse una vida propia, cómo ser feliz a pesar de los zarpazos que nos propina la existencia, siempre llena de turbulencias.

Yo tenía todas las condiciones para no hacer nada y ser un manojito de frustraciones y quejas, sin embargo decidí ir tras mis sueños, ¡y aquí estoy, resucitado!

Ajustate el cinturón para tomar un vuelo por estas memorias, donde vas a divertirte, viajar, aprender, soñar, reír, emocionarte y, sobre todas las cosas —no lo dudo—, terminar siendo una persona un tanto más sabia.

Al fin de cuentas, todo es atrapar vientos.

## CONCORDIA, DISCORDIA

*Después de todo, la nobleza en la vida la da la valentía  
de sobreponerse con dignidad a las pruebas terribles.*

Tennessee Williams

Estas memorias, por supuesto, empiezan por el principio. Nací un 31 de marzo, bajo el signo de Aries, fuego y pasión que me acompañarían a lo largo de mi vida, en la ciudad de San Antonio de Padua de la Concordia, o simplemente Concordia, en el margen derecho de una provincia, Entre Ríos, rodeada de ríos, al igual que Manhattan, pero en el sur del mapamundi.

Comparto ese día de nacimiento con el filósofo René Descartes («Pienso, luego existo»), el músico Johann Sebastian Bach y con la Estatua de la Libertad.

En el año de mi nacimiento, el presidente en la Argentina es Arturo Illia, en Estados Unidos se crea el Ford Mustang, los Beatles visitan a Elvis Presley en su casa, miles de cubanos dejan Cuba autorizados por Fidel Castro, el «Che» Guevara misteriosamente renuncia a sus cargos, en Vietnam hay guerra, Charles De Gaulle es presidente en Francia y Pablo VI es el papa.

Años más tarde, diría que la cigüeña me traía desde París, vestido de Christian Dior, y mi padre cazando

en el monte entrerriano la bajó de un tiro, ocasionando que yo quedara varado en ese lugar inhóspito para mi sensibilidad y aspiraciones, cuando mi destino final era el palacio francés donde terminé trabajando años después.

No sabemos lo que el destino nos depara.  
¡Y eso tal vez sea lo mejor!

La ciudad que el destino eligió para que naciera, Concordia, capital del citrus, fue fundada en 1831. Una típica ciudad del interior a la vera del río Uruguay, de más de quinientos metros de ancho, con un salto chico formado por encadenamientos rocosos, adonde íbamos a remar y pescar con mi hermano mayor, con lindas playas a pesar del río marrón y los sauces llorones, frente a la ciudad uruguaya de Salto, a la que cruzábamos en lancha para hacer compras cuando los cambios monetarios nos beneficiaban.

«Había aterrizado en un campo y no sabía que iba a vivir un cuento de hadas, fue en un campo cerca de Concordia, en la Argentina», escribió Antoine de Saint-Exupéry, autor de *El principito*, cuando era un aviador que tuvo que aterrizar de emergencia en el palacio San Carlos, construido sobre el río. Siempre me maravilló esa historia.

Ya tenemos la escenografía, vayamos a los persona-

jes. Soy el menor de tres hermanos, dos varones y una mujer, de una familia descendiente de italianos por parte de mi padre, José —alias «Mito»—, y de españoles por parte de mi madre, Carmen —como la ópera de Bizet—, española de pura cepa, inmigrante con lo que eso conlleva.

Mi padre tenía once hermanos, entre mujeres y varones. Mis abuelos paternos fueron María Maggi (¡el mismo nombre con el que los militares argentinos enterraron a Evita en un cementerio de Milán, en Italia, durante el exilio europeo de su cadáver!) y Domingo, ambos nacidos en Sicilia, al sur de Italia. Dicen los que saben que los sicilianos no son italianos sino hijos del Mediterráneo, de los navegantes, de los fenicios, de todas las culturas que pasaron por la isla a lo largo de los siglos. Algo de esa naturaleza viajera correría también por mis venas.

Aparentemente, mi abuelo Domingo vivió primero en la ciudad de Salto, Uruguay, y cruzó el río a nado, con un atado de ropa en la cabeza, huyendo de la Revolución Civil Uruguaya de 1904.

Mi padre tenía mucho sentido del humor y una generosidad sin límites para con sus hermanos y su familia. Los primeros ahorros que tendría, producto del regalo de bodas con mi madre, los prestó sin devolución a uno de sus hermanos para una operación de oídos. Nunca tuvo vacaciones, ni disfrutó las cosas lindas de la vida. Cuando podría haberlas disfrutado, al jubilarse, caería muerto a pocas cuadras de su casa, en una cami-



nata matinal. Pero todavía faltaban muchos años para ese momento, también clave en mi vida.

*Además de su ejemplo de trabajo, aprendí de mi padre que nunca hay que postergar la vida esperando ni la jubilación, ni estar en otro sitio, ni formar una familia, ni llegar a otros aires, ni conocer otra gente.  
Tu tiempo es hoy y ahora, siempre.*

Mamá nació en 1929 en Algemés, un pueblo pequeño de Valencia, en el margen derecho de España, también cerca del Mediterráneo, que subsistía gracias al cultivo del arroz y la naranja. Se ve en las cuidadas fotos de la época impresas sobre cartón a una atractiva joven de estatura pequeña, con importante y disimulado busto, la cara redonda, labios pulposos, lindos ojos con una mirada inocente, pero alerta e inteligente, su pelo abundante en una torzada a cada lado de la cara, sostenidas por moños, que intuyo azules en la fotografía color sepia.

Junto con sus padres, luego de soportar la Guerra Civil Española, los bombardeos, la hambruna, la dictadura de Franco, vinieron al encuentro de un hermano que había venido a la Argentina a «hacerse la América», como se decía entonces. Se embarcó con sus padres en 1950, dejando a su hermano mayor Manolo, casado, con dos hijos varones, y a una hermana, Dolores, en-

terrada en el cementerio vestida de novia: estaba lista para casarse cuando la fiebre tifus la mató, al finalizar la Guerra Civil Española. Murió de sed luego de una larga agonía. Su novio, como un caballero, devolvió las cartas que ella le había enviado al frente de batalla, a su mamá, mi abuela Dolores.

El nombre del barco que tomaron desde Barcelona para venir a América se llamaba *Cabo de Buena Esperanza*, y eso llenó de ilusiones a la joven Carmen. Lo consideró premonitorio de una vida mejor. Viajaban en tercera clase y, por el calor, decidieron subir a cubierta.

«Vi España a lo lejos, una línea de tierra, y supe que nunca iba a volver», relata siempre conmovida mi madre. Luego de más de un mes llegaron al Puerto de Buenos Aires, donde tomaron un tren cuyo viaje duró casi un día, mirando por el ojo de buey de la puerta del fondo del vagón común, mientras paraba en cada una de las estaciones previas al destino final. El Redomón, El Pingo, Las Garzas... hasta llegar a Concordia, capital del citrus de la Argentina, al igual que lo era Valencia en España: esa era la especialidad de sus padres, la naranja.

No sabían que la casa que había conseguido su hermano era un simple rancho de barro. En Algemesí habían dejado una linda casita de clase media de dos plantas, con piano, y linda vajilla. En Concordia, primero fueron obreros de la naranja, luego compraron con un crédito el primer pedazo de tierra. La Navidad,

que era tan importante para ellos, se dejó de festejar para ahorrar dinero. La luz en el horizonte comenzó a divisarse producto del trabajo a destajo de mamá, sus padres y su hermano. Mi madre suele decir aún hoy: «Mi mejor herencia, las privaciones».

Siempre es bueno conocer sobre nuestros orígenes:  
para agradecer lo bueno y para entender lo malo.  
Para saber lo que queremos para nuestra propia vida  
y lo que no.

En Concordia, la familia de mi padre era muy conocida por ser los dueños del Almacén de Ramos Generales «El Águila», famoso por la escultura en cemento de un águila con alas desplegadas, de más de dos metros, que adornaba —y aún hoy adorna— el negocio, una esquina muy grande frente a la plaza España. Dicen que la razón de ser del águila de cemento era por la nariz de Don Domingo Oliveri y sus hijos, y también porque, como este pájaro, su vista entrenada le permitía conseguir los mejores negocios.

### *Por un ternero*

Mi padre, a cargo de la carnicería del negocio familiar, los domingos por la tarde iba a acarrear las vacas desde

el campo al pueblo. Uno de esos días, uno de los terneros se escapó del rodeo y corrió desorientado campo adentro hasta donde mi mamá estaba sacando agua de un aljibe. «Mito» vio a una morocha veinteañera, atractiva no solo por sus labios carnosos y pechos a lo Isabel Sarli, sino también por la vergüenza y virginidad de una chica criada por su familia, muy religiosa y sin vida social.

Al ver a «ese» gaucho de ciudad, con bombachas y sombrero, Carmen tiró el balde y corrió hacia la casa. Esa imagen fue suficiente para que mi papá, ya de 33 años y muy «vivido», supiera que esa mujer era la futura madre de sus hijos.

Averiguó en la ciudad quién era esa chica y al domingo siguiente se presentó a hablar con mi abuelo «Pepe» y mi abuela Dolores, para pedir la mano de su hija. Mi abuelo le dijo que tendría que ser muy «pillo» para tener que buscar una mujer en el campo, y como suponía que, por la hora, mediodía, había ido a almorzar, lo invitó a quedarse.

Esta ceremonia se repitió por seis meses, hasta que mi papá les recordó a mis abuelos que el objetivo de esa visita era casarse con su hija Carmen. Aún eran tiempos en los que los hombres buscaban una «buena mujer» para formar una familia y las mujeres, alguien «limpio, trabajador, que no tuviera vicios, y buena persona», en palabras de mamá.

Sus padres le sugirieron que hablara con Carmen, con la que no había cruzado más que un saludo en

todo ese tiempo. Ella, al igual que mi abuela, era una excelente modista; cosían su propia ropa, con cortes de telas increíbles en calidad y diseño que conseguían en las mesas de saldo. Sabían hacer alforzas, vainillas, puntillas en el borde de los cuellos, punto smock en la delantera, mangas abullonadas, cintura marcada y pollera plato, como se usaba en esa época. Se hacían la «croquiñol» en el pelo, que consistía en enrollárselo con bigudíes, especie de ruleros pequeños.

Las historias del pasado propio siempre tienen algo de novela y nos pueden inspirar en nuestra propia vida.  
¡La familia de mi madre me hace acordar a la novela —y serie— *El tiempo entre costuras*, de la española María Dueñas!

Mi papá, una tarde de domingo, en verano, luego de la paella, el vino, la torta, el café con cognac, le pidió a Carmen sentarse a hablar. Bajo la sombra fresca de la parra, le propuso casamiento. «Fue la primera vez que miré a tu padre a los ojos y me di cuenta de que los tenía celestes», me contó una vez. Mi papá era un hombre de un metro ochenta, con porte y elegancia naturales, peinado siempre a la gomina para atrás, con una nariz pronunciada, labios finos y ojos celestes, pero pequeños, como puñalada de lata.

Cuando le pregunté a mi madre si estaba enamorada de él, me contestó: «¡Qué pavada es esa, el amor! La vida no es una novela. El amor viene con los años, cuando ves que ese hombre se hace cargo de vos, de tus hijos, que no toma, que es trabajador, que te entrega su sueldo, ahí viene el amor».

Mamá le preguntó a mi abuela si debía casarse con él. Le contestó que era un buen hombre, que ellos —sus padres— eran ya mayores y que sería bueno que tuviera un compañero y su propia vida. Asimismo, su hermano le dijo que, si ella no se casaba, él tampoco lo haría porque no la iba a dejar sola, a pesar de estar de novio con una enfermera que quería desesperadamente casarse con él.

Mi madre se casó en el año 1954, con virginidad absoluta, sin siquiera haber besado a mi padre —como pasaba mucho en esos años— y con el proyecto firme de tener un hogar, decidido desde la cabeza más que con el corazón. Era una mujer valiente y temerosa en la misma proporción. La muerte de su hermana, de sus hermanos en la guerra, la guerra misma, el hambre, el desarraigo, la hicieron fuerte y frágil a la vez.

Ambos tenían en común que eran trabajadores a destajo y sin descanso, con un afán de superación infinito. Eran inquietos social, cultural y económicamente y querían para sus futuros hijos lo mejor del mundo, ya que ellos no lo habían tenido.